



LA VILLA DE PEÑA EN NAVARRA.

En la provincia de Navarra, á nueve leguas de su capital y á dos leguas de la Merindad de Sangüesa de dicha ciudad, se halla por la parte del S. la encumbrada sierra de Peña que se eleva en medio de hermosas llanuras que la rodean por el N. y el S., y casi á su mayor altura por el lado E. se ve una disforme Peña, ó mas bien una montaña de piedra, aislada entre las grandes eminencias que pertenecen á la gran cordillera de dicha sierra, pobladas de hermosísimos bosques de encinas, robles, enebros, bojcs, romeros, tomillos y espliego. Esta enorme Peña de una sola mole compacta, tiene novecientas varas de longitud N. S., y trescientas por su mayor anchura de E. á O., medida en su gran plano superior ó superficie, presentando este plano una inclinación en su línea de longitud de cuarenta varas en diferencia de nivel la parte elevada N. con la opuesta S., como se ve en la perspectiva de la lámina. Sobre esta elevada posición, que será de ochenta varas desde el borde á la base perpendicular á ella por todas partes de su circunvalación, les ocurrió á los antiguos navarros establecerse y formar una población para defenderse sin duda, porque de no ser así su idea ó prevision, era necesario clasificarla de locura. Es en efecto posición-formidable, inespugnable y de verdadera defensa por todas partes; pues aunque dominada por las alturas inmediatas, para el arma blanca de aquellos tiempos la hizo la naturaleza tan fuerte y con tal sabiduría, que poder humano no podría tomarla á viva fuerza; y aun para nuestros tiempos en que el arte ha avanzado tanto, costaría muchos meses y mucha sangre su posesión. No tiene mas que dos difícilísimas y estrechas entradas de comunicación: la una por el camino de herradura de Sangüesa, dominado desde muy lejos de la posición al E. de la roca por el punto a, y la otra al O. por una bóveda que sostiene la torre de la iglesia en el punto b, y sale á otro camino también de herradura para la parte de Aragón con quien confina, y á las grandes llanuras despobladas que se prolongan trece leguas hasta Tudela y el Moncayo, que llaman Bardenas, adonde estendiendo su única riqueza, que lo es la poca siembra de trigo y cebada,

los pobres colonos de esta singular población de la villa de Peña, que así se llama. Esta población, situada sobre el plano superior de la roca en posición tan extraordinaria como pintoresca, conforme se ve en la lámina, llama la atención de todo viajero, y se detiene á su vista para contemplarla con despaño y admiración, y la estudian y consideran cada cual á su manera, que unos la miran como la cosa mas poética y digna de una descripción elegante, otros como extravagante y rara; pero á todos les cuesta trabajo convencerse de la ocurrencia tan singular, no de los militares primeros que por sus deberes la eligieron punto de defensa, pero sí de los que despues formaron población y se establecieron sobre ella; y que la costumbre y nada mas la conserve hasta nuestros dias, viviendo sumidos en la mayor miseria, privados de todos los gozes y recursos para la vida, como gozan los demás pueblos de sus inmediaciones, afanados como estan sin cesar en sus trabajos, en malo, inconstante y enfermo clima, que es muy frio casi todo el año, sin mas recompensa á sus asiduos trabajos que el poco pan de su cosecha y el infimo producto que sacan de las cargas de leña que les quiera dar su señor, vendidas en los pueblos á dos ó tres leguas, habitando casas que estan en el peor estado porque jamás se componen, y son único asilo de estas desgraciadas familias, que soportan las nieves y los furiosos aires del N. O. que reinan todo el año combatiendo furiosamente el peñasco donde habitan. La vida que llevan estos habitantes por una costumbre trasmitida de habitar allí, los hace dignos de elogio y compasión, y por ambas razones me he decidido á tributar en su obsequio esta memoria que merece consignarse; la constancia de estos desgraciados vecinos de Peña, que son un fenómeno entre las demás poblaciones, y la situación topográfica del territorio que ocupan, una obra maravillosa de la naturaleza, hace que se admire la constancia, los padecimientos y la firme resignación de los habitantes de esta plataforma y promontorio árido y triste. Consta esta villa de Peña que vamos describiendo de diez vecinos en otras tantas casas en la situación ó forma que presenta la lámina, inclusa la del cura párroco, que es de buena fábrica, aunque deteriorada y mal cuidada esta dignidad, que es abad de Provinoso por el conde Ablitas, señor de ella, y que posteriormente pertenece este señorío á uno de los hijos de la casa del marqués de Bersollar. La iglesia es

24 DE ABRIL DE 1855.

de fábrica bastante regular y sobrado capaz para tan corto vecindario: es parroquial de entrada (S. Martín), y se venera en la misma á Nuestro Señor crucificado, que se llama Santo Cristo de Peña, de talla natural y regular escultura; á su izquierda y en su misma capilla hay un pequeño hueco en el que se ven un par de grillos de hierro de mas de catorce libras de peso y una argolla de diez libras, y que segun refieren por tradicion los vecinos de Peña, parece que en tiempos remotos fueron hallados con el crucifijo dentro de un sepulcro de piedra al hacer una escavacion en una fuente á la parte del O., separada á corta distancia de la Peña donde está el pueblo, y tenia puestos los grillos y la argolla; lo atestiguan enseñando una piedra que existe aun en la fuente donde estan señalados los grillos y la argolla y moldura del cuerpo, y que de allí fué trasladado á la iglesia donde lo veneran, sin existir otros datos ni mas que esta relacion, porque seguramente en las vicisitudes de las guerras y los tiempos se habrán perdido. Hay además alrededor de la gran Peña por la parte exterior otras tres fuentes de riquisimas aguas. En la parte mas alta, que es al N. de esta gran roca, se encuentra un castillo ó torre de figura circular, arruinada la mayor parte, y á su alrededor los cimientos de pequeños baluartes que lo circulaban por la parte del S. mirando al pueblo: su fábrica es de la edad media, lo mismo que la iglesia; este castillo lo llaman la Torre de Peña.

Esta estravagante poblacion tuvo en tiempos antiguos ochocientas almas sobre este peñasco; fué plaza muy fuerte por su naturaleza, pues se ve que hasta las roturas ó sinuosidades de la piedra en sus escarpados y perpendiculares frentes hacen flancos de defensa en todos los incidentes que presenta su irregular linea de circunvalacion. De modo que de este punto, en ciertos casos de la guerra, se puede sacar gran partido. Fué plaza cuando las guerras de Aragon y Navarra como fronteriza y á una legua de Sos, y señala bastantes hechos de armas muy notables y gloriosos; el principal puede notarse en que, á pesar del empeño obstinado y bizarro de los aragoneses, no pudieron tomarla nunca; aun conserva frentes de fortificación de la antigua muralla, pero á trozos y en ruinas, como señala el punto y los cimientos y subterráneo de la antigua casa de la villa ó consistorio.

Su término de campo, que comprende la mayor parte de la sierra, y por el S. en las Bardenas, cerca de dos leguas, es abundantísimo en caza de toda especie, liebres, conejos, perdices, palomas, ciervos, corzos, jabalies, lobos y zorras. En este terreno, que es muy templado y goza de buen clima á la parte S., se notan á primera vista y con sentimiento del curioso observador, muchas leguas de hermoso terreno despoblado é inculto, que brinda á establecimientos útiles, ya tambien á estender grandes colmenares en estos montes, como lo demuestran bien á las claras la infinidad de enjambres silvestres que se encuentran, y la abundantísima flor de romero, de espliego y tomillo que produce.

Sanguesa, 6 de febrero de 1835.

MIGUEL CÁCERES.

LUCAS FERNANDEZ.

Llegada ya la época de civilizacion propia para que el teatro comenzase, cuando la literatura popular habia creado con su fecundidad el romance y la novela, hizose forzosa la aparicion de un nuevo género de literatura que viniera á caracterizar al pueblo, á cuyo impulso se formara, y bajo cuya generosa proteccion lograrse ser admirado.

Despues de informes ensayos, que tuvieron principio acaso en los remotos tiempos de la monarquía, encuéntranse ya en el siglo XIV composiciones con tendencias dramáticas. En los primeros años del siglo XV nómbranse escritores que, deseosos de hacer progresar á esta literatura naciente, dedicaron á ella su pluma: tales son los marqueses de Villena y Santillana, Ponza y Rodrigo Cota.

Al fin del citado siglo aparecieron ya piezas, que si no son realmente dramáticas, dejan entrever el carácter del nuevo género de literatura. El que dió este poderoso impulso al género dramático en particular y á la poesia en general, fué Juan de la Encina. Este puede decirse, que removiendo los primeros obstáculos, presentó la oculta via por la cual llegaron á tocar los Torres Nabarro, Lopes de Rueda, Timonedas y otros, el nuevo género que el fecundo Fénix de los ingenios, reuniendo las aspiraciones de los demás, y con su grande genio creó, hizo aparecer el verdadero drama español.

Citando otra vez á Juan de la Encina (1), diremos que tuvo imitadores, como los tienen todos los que científicamente sobresalen. Entre los que le imitaron cuéntase al poeta salmantino Lucas Fernandez.

Muy poco es lo que se sabe acerca de este distinguido escritor. Sin

embargo, se cree con fundamento que debió nacer en alguno de los años de las dos últimas décadas del siglo XV. Fué su patria Salamanca, y en ella recibió lecciones de Juan de la Encina. Aventajado discípulo, imitó á su maestro tan felizmente, que el año de 1514, cuando mas florecia Encina, publicó un tomo de farsas con el siguiente título: *Farsas y Eglogas al modo y estilo pastoril y castellano, fechas por Lucas Fernandez Salmantino*.

Seis son las farsas contenidas en este tomo. Las tres primeras tienen el argumento profano; las restantes se ocupan de objeto religioso. Ninguna tiene título especial; pero sus encabezamientos son de este modo: *Comedia fecha por Lucas Fernandez, en lenguaje y estilo pastoril, en la cual se introducen dos pastores, dos pastoras y un viejo, los cuales son llamados Bras—Gil y Berenguella—y Miguel-Turra y Olalla, y el viejo Juan Benito*.

Iguales á este son los encabezamientos de las demás piezas de argumento profano; solo se encuentra diferencia en los personajes que intervienen.

Parecidos son al citado los encabezamientos de las piezas religiosas: sin embargo, nótese alguna diferencia; obsérvese cómo dice el siguiente: *Representacion de la pasion de nuestro redentor J. C., compuesta por Lucas Fernandez, en la cual se introducen las personas siguientes: Sant Pedro, é Sant Donisio, é Sant Mateo, é Jeremías, é las tres Marias*.

El argumento en todas estas piezas es sencillo, y la versificación bastante fácil, teniendo á veces animacion el diálogo. Véase este trozo de la cuarta farsa:

- (1) BONIFACIO. Yo soy hijo del herrero
de Rubiales
y nieto del Meseguero
Prabos (2); Pascual y el Gaitero
son mis deudos caronales (3).
Y aun es mi madre-señora (4)
la ermitaña de Sant-Bricio...
JIL..... Esa es gran embaidora,
gran diablo; encantadora.
BON..... Muger es de gran bullicio.
JIL..... Medio bruja asmo (5) qué es:
y aun, á osadas (6),
que si buscarla querrás
cadal noche la topés
por esas enercujadas.
Una vez entré en su ermita,
y porque llegué á un tabeque
corrió la vieja maldita, etc.

Entre las seis citadas farsas hay una de mayor mérito: tal es la segunda de las profanas. Pinta en ella Fernandez el amor intenso de una dama que busca y no encuentra á su amante. Se interpone en su camino un pastor que la enamora. Ella le reprende y no le escucha. Llega el caballero, y castiga el atrevimiento del palurdo: este se incomoda al principio, pero despues pásasele el enfado y quedan todos amigos. De esta farsa tomamos los siguientes trozos (7):

- (8) DONCELLA. ¡Ay de mí, triste! ¿Qué haré
por aquesto oscuro valle?
¡Ay de mí! ¿adónde iré?
¿Do buscaré
Al mi señor, que le halle?
Miro y miro, y no le veo.
Cierto la fortuna me es
al revés,
segun tarda á mi deseo.
¡Cuitada! no sé qué diga
ni qué pudiese yo hacer:
fortuna me es enemiga
y desabriga.
Ya mi gloria es padescer.

- (9) PASTOR.. ¿Y tan huerte es de galan?

- (1) Los interlocutores en esta escena son Bonifacio Zagal, Jil Zagal.
(2) Pablo.
(3) Carnales.
(4) Abuela.
(5) Imagino, pienso.
(6) Ciertamente.
(7) Principia así esta farsa: *Farsa ó cuasi comedia fecha por Lucas Fernandez, en la cual se introducen tres personas; conviene á saber: una doncella y un pastor y un caballero, cuyos nombres ignoramos, y no los conocen mas de en cuanto naturaleza nos los muestra por la disposicion de sus personas. Tiene tres escenas*.
(8) Toda la escena primera La doncella á solas.
(9) Doncella y pastor: de la escena segunda.

(1) Véase el número 22 del SEMANARIO de 1852.

DONC..... El es tal que su figura
y hermosura
me dá vida con afán.
El es mi bien y deseo,
en él vive mi esperanza,
él es la gala y aseó
en que me veo
con muy firme confianza.

DONC..... ¿Y hasta acá el amor estiende
su poder entre pastores?

PAST..... ¡Ay señora! aquí nos prende,
y nos ofende
con mil ánsias y dolores.
Hácenos mil sinsabores,
y al triste pastor que hiere
si no muere,
siempre da grandes cramores.
Quitános los retentivos (1),
róbanos los mamoriales,
trae muertos los mas vivos,
muy cativos,
tray acá muchos zagales.

DONC..... Ya no hay cerro, ya no hay llano,
ni castillo, ni montaña,
ni cabaña,

PAST..... Los viejos aman las mozas,
los mozos aman las viejas;
por las breñas, por las brozas,
por las chozas,
amor siempre sus consejas.
Hace ser lo hermoso feo,
y lo feo ser hermoso.

El malicioso
da al mas suyo mas deseo,
y al mas suyo mas le mata etc.

PAST..... ¿Requiebro qué cosa es?

requiebrar y esperezar
todo debe de ser uno;
y de consuno
rore zar y sospirar.

DONC..... Requiebro es un sentimiento
que en el gesto se aparece,
cuando estraño el pensamiento
con tormento

se trasforma el que padece:
Y olvidado, sin sentido,
y contemplando en su amiga,
su fatiga
representa con gemido.
Y así puedes entender
qué cosa es el requiebrar.

PAST..... Ya lo asbondo (2) á conocer,
y saber,
el sospirar sin dudar.

Concluye la farsa con dos villancicos que el pastor canta lastimándose de sus dolores. Las siguientes estrofas son del primero:

Pastorico lastimado
de cordoja tus dolores.
¡Ay Dios que muero de amores!

¿Cómo pudo tal dolencia
lastimarte, di, zagal?
¿Cómo enamorado mal
inficiona tu inocencia?
De amor huye y su presencia,
no te engañen sus primores.
¡Ay Dios, que muero de amores!
Dime, dime, di, pastor, etc.

Por lo citado se ve que Lucas Fernandez tenia las cualidades necesarias para hacer progresar y no decaer la poesia dramática. Que hizo cuantos esfuerzos estuvieron á su alcance contribuyendo así al desarrollo de una literatura naciente, que fué despues admirada de todas las naciones por su originalidad y la fecundidad de talentos que á ella se dedicaron.

JUAN ORTIZ GALLARDO.

PALACIO DE ELFI-BEY

en el Cairo.

El edificio cuya fachada exterior presenta el grabado que acompaña á estas líneas, se llamaba Palacio de Elfy-Bey cuando los franceses ocuparon el Egipto, y sirvió de cuartel general despues de la toma del Cairo. A la derecha del jardín y al lado de la última ventana de la casa habia en aquella época un largo terrazo sombreado por una gran parra, el cual unia la habitacion del jefe del Estado Mayor con el cuartel general. En el mismo terrazo, y en el sitio que acabamos de indicar, fué asesinado Kleber el día 14 de junio de 1800. Conocidas son todas las circunstancias de aquel crimen, que hizo perder el Egipto á la Francia, pero no así los siguientes pormenores relativos al asesino.

Souleyman-el-Haleby, de edad de veinticinco años, natural de Alepo, habia visitado la Meca y Medina y estudiado en la mezquita *El-Aghar* del Cairo, por lo cual pretendia ser admitido entre los *doctores de la fé*. Su odio contra los infieles se habia exaltado recientemente al contemplar los restos del ejército del gran visir *Youssouf*, destrozado en Heliópolis, que atravesaban la Palestina. El Agá de los Janizaros le escitó, persuadiéndole que debia comenzar el *combate sagrado*, que consiste en dar muerte á un infiel. Pensó el fanático en el Egipto, ocupado á la sazón por los franceses, y en su caudillo Bonaparte, *el sultan del fuego*, como le llamaban los árabes, y al verle resuelto el Agá, le dió un dromedario y unos *veintisiete* francos para el viaje. *Souleyman* fué á Gazah, donde compró un puñal, atravesó el desierto, y llegó al Cairo. Allí se encerró durante algunas semanas en la mezquita de *Sultan-Hasan* y pasó en oracion la noche anterior al día en que perpetró su delito, despues de haber confiado su proyecto á los cuatro ulemas de la mezquita. Estos procuraron disuadirle de él; mas no previnieron á los franceses, por lo que tres fueron presos, habiendo huido uno de ellos.

La causa se instruyó con rapidez, y el 17 de junio, despues de los funerales del general Kleber, tuvieron lugar cuatro ejecuciones.

Despues de haber visto *Souleyman* con la mayor tranquilidad cortar la cabeza á los ulemas, y mientras su muñeca se tostaba lentamente en un brasero, rodó un carbon encendido hasta su codo y no pudo contener un grito. Habiéndole echado en cara el verdugo aquella debilidad, le contestó:

—Perro infiel, ¿quién te comunica el atrevimiento de dirigirme la palabra? Cumple con tu obligacion y déjame llenar mis deberes: mis jueces no han dispuesto que me abrases el codo.

Al verse en el palo entonó con voz sonora el versículo sacramental de los musulmanes, que el *muezín* canta desde lo alto de los minaretes, y en seguida procuró acelerar su muerte por medio de violentas sacudidas. Pidió agua, que le fué negada, y escupió á los espectadores de su suplicio.

Su esqueleto fué regalado por el baron Larrey al Museo de la Escuela de Medicina: una de sus muñecas está calcinada. El *kandjar* ó puñal con que fué asesinado Kleber se halla depositado en el Museo de Artillería.

Los restos de Kleber estaban en el castillo de If; pero por orden de Luis XVIII fueron encerrados en 1818 en un monumento que elevó á su memoria la municipalidad de Strasburgo, su ciudad natal.

(1) Sentidos, potencias.

(2) Alcanzo.

LA CUSTODIA DEL CORPUS

EN MEDINA DE RIOSECO.

Una de las cosas que distinguen al culto cristiano de todas las demás religiones, es la magnificencia de las ceremonias de la iglesia. Hay en ellas algo de sentimental y poético, que conmueve el corazón y habla con misteriosa intención á las almas delicadas. En las de las sectas heterodoxas no sucede así.

Entramos en la sinagoga del hebreo, en la mezquita del mahometano, y todo es mezquino, glacial, sin elocuencia ni poesía. El rabino allí recitando á sus concurrentes los versículos de sus mayores; el rabino aquí predicando el positivismo del Corán; pero uno y otro sin antorchas, sin aromas, sin armonías, sin nada que conmueva la imaginación y haga ilusión á los sentidos, y sea fuente de inspiración y de ternura. Templos desnudos, aras mezquinas, ceremonias desprovistas de unción y de grandeza, y una atmósfera en fin mundana y pequeña. Nada allí satisface al sentimiento ni á la inteligencia; nada llega al corazón; nada suscita en lo íntimo del ser movimientos dulcísimos; nada hiere las cuerdas divinas del cetro sagrado. Entrad por el contrario en el templo cristiano, penetrad en nuestras góticas y gigan-

tescas catedrales. Al punto sentireis una impresión profunda é indefinible. Las naves inmensas, los arcos aéreos cuya fugitiva elipse parece la imagen del alma desprendiéndose de los lazos de la tierra, y evaporándose hácia las regiones inmortales del Criador; los retablos admirables cuajados de los primores de las artes y con las bellezas del genio; el conjunto en fin de magnificencia y sublimidad que ante los ojos absortos se despliega, producen emociones inefables, y arroban la mente en vaporosa y encantada inspiración. Las vírgenes de Rafael trazadas con mágico perfil en deliciosos cuadros; las esculturas de Michael Angelo, que respiran el genio del artista; los aéreos y vaporosos serafines que vuelan sobre los espléndidos tabernáculos, adquieren vida y animación en óptica ilusoria, y nos hablan en lenguaje sobrehumano. El espíritu allí domina á la materia, y vivimos en aquellos instantes una vida de fascinación etérea. No podemos oír las notas de un salmo profético sin trasportarnos en meditaciones escelsas á los montes de Gelboé y á los collados de Sion. Los llantos del profeta, las armonías bíblicas impregnadas de piedad y de entusiasmo, traen á nuestros sentidos el perfume de los aloes, el rumor de los cedros olorosos y el vuelo de las auras que susurran por las calles del Líbano, y van á perderse entre las lejanas ondas del mar Muerto. Los que al escuchar el eco de las arpas que suspiraron cautivas bajo los sauces de Babilonia, y que reproducen en nuestras régias basilicas al compás



(Palacio de El-Bey.—Página 131.)

de los ritmos de Palestina y Hayden; los que no sientan en los majestuosos y vibrantes acordes del órgano todo el poder de su majestad y su armonía; los que nada hallen inspirador y misterioso en los cantares de la esposa y en las lágrimas del Profeta-Rey, son insensibles á lo bello y lo sublime, no tienen dentro de sí una chispa del fuego sagrado, y viven solamente en el triste círculo de la vida material, prosaica y tenebrosa. La luz de la poesía, el número de las artes, el rayo del espíritu no habitan en su estéril y desabrido corazón.

Consiste todo eso en que uno de los resortes del cristianismo y una de sus excelencias es obrar sobre la parte inmaterial é instintiva del hombre. Por eso se diferencia tan radicalmente de las otras religiones. El gentilismo de Grecia y Roma, por ejemplo, era esencial y formalmente materialista y sensual. Sus solemnidades eran ciertamente de esplendor y magnificencia; pero era una pompa nada más que mundana, concupiscente. Las danzas de ninfas y genios, los juegos del circo, los sacrificios y las hecatombes, eran demostraciones dirigidas al sentido estéril, á la pasión siempre, al vicio más de una vez. Diganlo las danzas de Baco, los desórdenes saturnales, los peligros misteriosos de Pafos y de Chipre. Así murieron aquellos imperios víctimas de su inmensa corrupción. En el cristianismo todo es sobrehumano, alta-

mente espiritual. No hubiera podido de otra suerte transformar el mundo pagano y curar el cáncer gentilicio en la humanidad, ni purificar las viciadas fuentes de la sociedad. Merced á tan cardinal diferencia, el cristianismo hizo entrar la civilización en nuevos y verdaderos caminos, que enalteciendo al hombre, le convirtieron de un ente degenerado y materialista, en un ser digno de su racional y superior naturaleza. Y desde entonces necesitó sensaciones más nobles que la grosera satisfacción de los mundanales apetitos. El alma sacudiendo las ligaduras de la grosería sensual, se sintió sedienta de expansiones puras y elevadas. Las Lupercalias y las Florales le causaron hastío, y comprendió sus verdaderas aspiraciones á lo inmaterial é infinito. El cristianismo respondió con sus solemnidades á tan ardiente necesidad de los espíritus. Diez y nueve siglos han transcurrido desde entonces, y consagrado los efectos de su obra. Entre los más ilustres recuerdos que en los anales del arte dejaron aquellos siglos; entre las reputaciones clarísimas que alcanzaron el lauro de la celebridad en la realización de aquel grave pensamiento social y religioso, descuella el nombre de Juan de Arfe y Villafañe, que tantos y tan altos testimonios de su delicada mano dejó en los tesoros de nuestras iglesias, y que es el honor del arte de los plateros en España. Sus obras insignes y codi-

ciadas prueban que comprendió toda la poesía del genio, y que poseyó la magia de los artistas. Una de sus mas bellas creaciones es la custodia sacramental que la iglesia de Santa Maria de la Asuncion de esta ciudad posee, y que damos con singular gusto á la luz pública. Medina de Rioseco se enorgullece de contar al grande artifice entre los que ilustran los fastos de su munificencia, y la iluminan con un rayo de su inmortalidad.

La obra del platero salmantino se alza sobre un basamento general en el que posa un sotabanco resaltado en los ángulos, y que recibe el primer cuerpo de arquitectura. Consta este de un templete cuadrángulo con arcos hemiciclos, en cuyos sectores vuelan espíritus celestes, y que se hallan sostenidos por pilastras toscanas. En cada hipotenusa del cuadrado se eleva un obelisco formado por cuatro columnas corintias de pedestales, y sobre cuyo cornisamento carga un segundo cuerpo semejante al anterior, que recibe á su vez una glorieta de cariátides, y remata en una figurita que representa un guerrero romano. Esta parte de la obra es notable por la mucha escultura y esquisito trabajo. El zócalo de este cuerpo está exornado por veinte medios relieves buenos que representan pasajes bíblicos, entre los cuales se hallan *la serpiente de metal, la zarza encendida, el Sinay y el sacrificio de Abraham*. Bajo cada pabellon angular está la efigie de un doctor de la iglesia en figuras de cinco pulgadas y cinco líneas y media de alto, sin el plinto que, de forma cuadrada y con un bajo relieve en cada faceta, tiene de altura una pulgada y tres líneas escasas. En el centro del templete se ostenta un grupo de cuatro Levitas, conduciendo en hombros el arca del testamento, precedidos del rey David, danzando y tañendo el arpa. Hermosas y elegantes figuras llenas de espresion, delicadeza y propiedad. La del rey tiene seis pulgadas y siete líneas, las de los sacerdotes de seis con cuatro á cinco con diez.

El segundo cuerpo le constituye un pabellon sostenido por pilastras jónicas, sobrepuestas de bizarras cariátides en pedestales redondos, bordados de festones, flores, ángeles y otros bien aplicados detalles, y corona el todo un cascaroncito muy aplastado, de forma octógona. En el centro de este alzado se coloca el Santísimo en un magnífico viril, á manera de sol purísimo y deslumbrante, circuido de los cuatro evangelistas y de un coro de niños tañendo instrumentos y en festiva actitud. Consta el tercero de un grupo de cuatro pilastras jónicas estriadas y coronadas de un cornison rematado por un tímpano en cada frente, y en cuyo centro luce un pompimiento de gloria, en el cual aparece la Virgen Maria con una nube de serafines y celestiales seres. En cada intercolumnio hay un templete circular de dos cuerpos, así como en los ángulos otras figuras alegóricas. El último tramo es un cupulino circular, rematado por una media-naranja, sobre la cual se alza el signo de redencion.

El total de bajos relieves es de treinta y seis, y el de los vaciados treinta y cuatro. La altura general de la obra asciende á cinco piés, dos pulgadas y media, teniendo la planta en el cuadrado fundamental dos con cuatro, que elevándose en progresiva disminucion forma un gallardo obelisco de bellissimo aspecto y reconocido mérito. Su estilo general es plateresco, sobre los órdenes greco-romanos, de excelente gusto y esquisita ejecucion. El zócalo y sotabanco estan ricamente tallados de elegantes grecas y delicadas bordaduras. Y todos los detalles se hallan igualmente adornados de molduras, cenefas y primorosos arabescos. Es admirable la copia y delicadeza de la exornacion, y revela bien la feliz imaginacion y esquisito gusto del artista. Se pierde la mirada y se ofusca la mente en aquel piélago de ricos y variados adornos. Y en su conjunto la obra es notable por la sencillez, por la gracia y elegante aspecto de sus bien entendidos pormenores. En medio de su lujo tiene severidad; su bizarría está combinada felizmente con una pureza y dignidad de admirable efecto, y que dice bien con el augusto servicio sacramental. Eso revela el genio del artifice; esa es la filosofía de la inspiracion.

Sale únicamente á la pública admiracion esta preciosidad artistica en el día del Corpus, y es el mas brillante adorno de tan ostentosa solemnidad. Llevada en hombros de cuatro sacerdotes, de albas vestes y áureas estolas ataviados, y deslumbrando entre sus resplandores el costosísimo viril, cuajado de pedrería y coronado de centellantes rayos, nos recuerda el arca santa de la antigua ley, conducida por los levitas al compás del arpa de Judá, y de los cantos de Israel. Entonces luce su elegante forma, su transparencia, sencillez y majestad. Y siempre la contemplamos con placer, y siempre nos causa grata emocion. Bien que el Corpus es la festividad mas grandiosa y sublime de la Iglesia; es la apoteosis épica de la redencion humana. La naturaleza le presta un sol flagrante, un cielo de azul purísimo, el perfume de las flores, el canto de las aves. Las artes le prodigan sus tesoros. La religion le da su encantada sublimidad. En ese día el ánimo se embriaga de dulces sensaciones, y todo es luz, perfume y alegría. Es muy grato discurrir en las primeras horas de la deliciosa madrugada, y respirar las auras limpiadas y frescas, y ver á los fieles levantar arcos de rosas

y espléndidos altares, y cubrir de aromáticos arbustos y orlas de ricos paños la triunfal carrera, y todo respira animacion y goces y movimiento. Pero lo que no hay voces en el lenguaje humano para describir, es la salida del Rey de reyes á la pública adoracion. El alegre sonido de las campanas, que se repite en las transparencias del éter y que lanza al viento palpitantes notas desde las caladas agujas en aéreo é infinito diapason; el himno épico de la cristiandad, sencillo y mágico, y siempre grato al oído y al corazón; el canto de los ministros del santuario; el aroma de los místicos inciensos, que en nacaradas y vaporosas ondas envuelve al divino tabernáculo; el brillo de los ornamentos sacerdotales; los acordes acentos de la música; el compás bullicioso de las danzas de niños que semejan á los cándidos y rubicundos



(Traje del siglo XIV.—Página 134.)

serafines; los coros que entonan animadas y sentidas pastorelas; la luz prismática de mil antorchas; el estruendo del cañon; la voz vibrante de los clarines; las colgaduras riquísimas; las guirnalda odorosas; los adornos de mil colores; la alegría de las almas; la animacion universal; la riqueza y el brillo del conjunto; la pompa y el lujo del espectáculo; la sonrisa de la creacion entera, hace de aquel triunfo sacramental una cosa altísima, arrebatadora é inefable. Allí todos descubren humildes la frente; todos doblan la rodilla; todos estasian el ser en abrasada adoracion. Los niños baten las inocentes palmas; el anciano vierte delicioso llanto; el enfermo sonríe de esperanza; el pobre adora en su miseria á Dios; el guerrero feroz depone las armas y postra sus laureles ante el carro del Señor; el rico prosterna su opulencia; el rey de la tierra marcha sin cetro ni sandalias ni corona en pos de las huellas santificadas del hombre Dios.

Ahora bien, ¿qué tiene el gentilismo olimpico que oponer á tan poética y augusta solemnidad?... Grecia pagana, Roma politeísta, Stambul fanática, son nada mas que sombra y delirio ante la magnificencia y sublimidad del gran misterio de la Jerusalem cristiana.

V. GARCIA ESCOBAR.

TRAJE DEL SIGLO XIV.

CABALLERO FRANCÉS.

La moda pasó sin duda, en aquella época, desde los campos de batalla á las residencias feudales, porque en la crónica de San Dionisio se lee lo siguiente:

«Debemos creer que Dios permite estas cosas por nuestros pecados, porque el orgullo se ha aumentado en Francia de una manera prodigiosa: así es que todos aquí desean ser grandes señores, y los que no lo son, desean parecerlo en sus adornos y sus trajes: unos traen ropas tan cortas, que solo les llegan hasta los muslos; llevan las piernas al aire para aparentar marcialidad, y en todo procuran imitar á nuestros guerreros y hacer creer que han ganado sendas batallas; otros usan varias especies de sayos á guisa de mugeres, para hacerse mas amables, de modo que remedan sus gestos y sus plegarias, cual si el enemigo entrase á saco en sus castillos y haciendas. De todo esto puede deducirse que Dios ha querido corregir los excesos de la vanidad francesa enviando contra nuestras tierras ese terrible azote llamado rey de Inglaterra».

Otro autor de la época dice que el contagio se propagó á los nobles, á la clase media y á los pecheros; que la adopción de las barbas puntiagudas, á manera de las que llevan las cabras, completó aquella ridícula y escandalosa vestimenta; que el gusto del público, lanzado en una falsa vía, no supo ya contenerse, y que por último todos los años se inventaron nuevos y mas refinados caprichos, que ignoró la sencillez de los siglos anteriores: testigo el lujo de las plumas y la moda todavía mas costosa de las perlas, que en poco tiempo aumentó en un doscientos por ciento el valor comercial de todos los objetos.

El grabado que ofrecemos hoy como muestra de los trajes que se usaban á últimos del siglo XIV, representa un caballero francés, y corresponde exactamente á la pintura del monge de San Dionisio. Nada le falta; ni la caperuza recortada y echada atrás, rematando en prolongada cola, ni la ajustada vestimenta, ni los puntiagudos zuecos, cada uno de los cuales es de diferente color. La susodicha caperuza, recogida debajo de la barba, se convierte en una túnica estrecha, bajo la cual desaparece enteramente la cota, mucho mas corta y angosta, para presentarse únicamente en los antebrazos. Debemos observar sin embargo que la tela, menos economizada en dicha parte que en las demás del traje, permite á la manga formar graciosos pliegues y caer sobre la mano. A esto llamaban los caballeros *llevar mitones*.

Ya tendremos ocasion de ocuparnos en la descripción de otros trajes no menos ridiculos y embarazosos de aquella atrasada época.

LA MASCARADA.

(NOVELA.)

(Conclusion.)

Mientras el coronel salió de la sala, Magdalena quedó confusa y sin saber qué pensar de toda aquella extravagante escena. Los licores habían puesto sin duda á su marido en el estado de un muchacho ó de un loco.

—Ahora quiero, dijo volviendo al lado de su esposa, que mientras llega la hora del paseo, te muestres dócil para otra debilidad.

—Habla; ya sabes que me he propuesto darte gusto.

—Pues bien, deseo verte vestida como la noche de nuestra boda.

—¿Qué dices?...

—Lo que oyes: ya sabes que hemos convenido en hacer vida nueva, y preciso será que empiece con todos sus pormenores. Además que aquel lindísimo traje costó un dineral y no es cosa de dejarlo en un rincón hasta que se pudra. ¡Estabas tan hermosa con él!

—Pero hombre, ¿no ves que van á reirse?

—¿Y quién? Aquí estamos solos, nadie nos ve, ni nadie debe saberlo.

—Pero ¡con el frío que hace!...

—No tal: echaré mas leña á la estufa y mandaré poner un par de braseros. Sobre todo, ¿quieres ó no quieres.

—Sí, al momento.

Y Magdalena ayudada de su marido vistió el lindo traje de novia, blanco como la nieve, con sus preciosos encajes, sus frescas flores y brillantes adornos. Acomodóse despues su corona nupcial, lisó sus cabellos, perfumó su falda y colocóse sus perlas y sus joyas, cada vez menos desdeñosa, sin duda porque al verse tan bien preñida recordó su vanidad de muger. ¡Magdalena estaba encantadora! Concluido el tocado la dijo el coronel:

—¿Sabes que pienso? Que salgamos á paseo tal como nos hallamos vestidos.

—¡Estas loco!

—¿Y por qué? A mí nadie ha de mirarme; de modo que con este gabancejo raído y mi sombrero de castor voy hecho un elegante; pero á tí que nadie te ha visto tan linda, porque ya sabes que nuestra boda fué bien poco sonada, no estará demás que te vean tan rozagante y bella.

—¡Pero van á reirse de nosotros!

—¡Dale con la risa! y que se rían ¿qué nos importa? ¿tratas de enamorar á alguno?

—¡Libreme Dios!

—Pues entonces solo dirán que es un capricho, y aun se puede cundir despues que ha sido una apuesta.

—¡Oh! no, eso no, de ninguna manera. En casa todo cuanto desees... pero en la calle...

—¿Y si yo me empeñase en creer que fundas alguna mala idea en dejar de condescender á ese capricho?...

—No tendrías motivo para ello...

—¿Y si los tuviera?

—Serían injustos.

—¿Y si te presentase pruebas?

—¡Vamos al carruaje! gritó la jóven como indignada. ¡El ridiculo antes que mi honor!

Y Magdalena se adelantó al pasillo en aquel estado, con ese resuelto ademán de la muger que todo lo arrostra en un instante de despecho.

La ferocidad reprimida del coronel, el torcedor que por espacio de tantos meses habia devorado, sus deseos de venganza, su crueldad despertada entonces, se revelaron instantáneamente en la ligereza de sus movimientos, en el vibrar de su voz, en la dilatación de su rostro, en la violencia de sus pasos. Corrió la escalera llevando por el brazo á su esposa; entró en el patio, hizo girar la puerta de la cochera, abrió una gruesa cadena de hierro que le presentaron, y bien pronto con una fuerza espantosa, sobrehumana, hercúlea, arrastró tras sí con la una mano á su esposa medio desfallecida de horror, y con la otra la gruesa cadena que rematando por una argolla de perro servia de lazo al cuello de un hombre. En tal estado atravesó el patio de su casa.

La carretela, que abierta á todo su abrir y abandonada por los criados aguardaba á la puerta, se vió bien pronto correr á todo escape calle abajo llevando pendiente de la zaga la maroma de hierro; en el interior á Magdalena vestida de boda, y en el pescante al coronel que vomitaba furias, mezclando á los gritos mas espantosos las violentas sacudidas del látigo sobre los caballos.

Bien pronto las gentes que transitaban por las calles, las que ocupaban las tiendas, las que salían á los balcones, y sobre todo las infinitas que corrían en dirección del tumulto, comenzaron á dar á aquel extraño espectáculo el carácter de inusitado, de asombroso, de inexplicable. Un carruaje corriendo á todo correr, un hombre conocido y de honrosos y favorables antecedentes haciendo de cochero, y no de otra manera que si intentara estrellar la caja que conducía; una muger hermosa, jóven, conocida tambien, ataviada en medio del invierno con vestido blanco de encaje, coronada de flores, lazos sobre su pecho escotado, delirante, angustiada, cubriéndose el rostro con las manos y demandando auxilio entre un torrente de lágrimas; este espectáculo, y sobre todo el de un militar jóven, señalado por todos como de los mas galantes y afortunados de Madrid, sujeto por el cuello á una argolla punzante y arrastrado desde la traseña del coche por una maroma de hierro, este espectáculo, volvemos á decir, asombraba, escandalizaba, horrorizaba á aquellos de los espectadores mas sensatos y de mejor juicio; pues que los vulgares y aficionados á cosas extraordinarias corrían en tropel tras de la ruidosa carretela saludándola á su paso con gritos de admiración, de desprecio, de provocación, de burla. El teniente de lanceros, á quien el lector debe haber conocido rato ha, habia hecho desde el instante en que se vió bruscamente acometido horribles esfuerzos para desprenderse de aquella ignominiosa argolla ó romper los eslabones de la cadena; pero la violencia con que marchaba el carruaje, las precipitadas vueltas que en su camino le hacían girar, y lo oprimido de aquellas ligaduras le obligaron á no pensar mas que en contenerse con vida durante la espantosa travesía. Asido á veces á la misma maroma, abalanzado otras hasta la barra del eje, lanzado las mas de su primitiva posición por un tremendo vuelco, iba con el rostro amoratado, las manos crispadas y su traje todo en desorden, próximo á dejarse arrastrar por las piedras y el fango por falta de espíritu y de fuerzas. El coronel, por el contrario, cada vez mas fuerte, mas enérgico, mas infernal, no hacia caso ni de los mil curiosos que á su paso salían intimidados que se detuviera, ni de los agudos gritos de su esposa, ni de los sangrientos bramidos de su rival: sacudiendo el látigo con una celeridad comparable solo á la estremada carrera de los caballos, atropellaba á hom-

bres y mugeres, á autoridades, á soldados, á cuantos en fin trataban de hacerle ceder de su propósito.

Ya las gentes todas del centro de la población habían reconocido á los tres personajes. Los nombres del capitán, del coronel y de Magdalena corrían de boca en boca, pero sin reserva, sin salvedad, á gritos. Algunos se regocijaban de la furia del coronel; pocos tenían lástima de Magdalena, y ninguno salía en defensa del capitán.

Por último, las voces, la algazara, los silbos, las imprecaciones, las pedradas llovían de continuo sobre el infernal convoy sin que al que le proporcionaba movimientos y bríos le ocurriera el propósito de abandonar su caminata. Solo en el instante en que el aturdido coronel conoció que el cuerpo arrastrado por la zaga del coche no hacía ya esfuerzo alguno por detener su marcha, fué cuando rendido, jadeante de fatiga y próximo ya á rodar de su altura, abandonó el látigo y las riendas, saltó del pescante, y entre la oscuridad del crepúsculo, la confusión de los espectadores y el asombro general desapareció á la vista de todos.

La autoridad se apoderó en el acto del cuerpo del capitán, palpitante y animado todavía, aunque contuso, herido y descuadernado. A Magdalena, que había perdido el conocimiento y al parecer la razón, se la condujo en un carruaje al primer asilo de caridad que se hallaba cerca. Allí se desprendió sus joyas, desgarró sus encajes, y atormentó su cuerpo con las violentas sacudidas de una convulsión epiléptica. Vuelta en sí, confesó su delito y solicitó ingresar en la reclusión de las mugeres desgraciadas. Un hábito de bayeta y la oración constante decían que aun no serían suficientes descargos para las tribulaciones y remordimientos de su conciencia.

El capitán murió confeso y resignado la noche misma del acontecimiento.

Del coronel Alvarez no se ha vuelto á saber una palabra.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

DUELOS POR AMOR Y CELOS,

Y CUENTO QUE FUÉ VERDAD.

Voy á contaros un cuento, señoras, pues lo queréis: prestadme el oído atento, si estar calladas podeis siquiera por un momento.

Cuento os dije, y es notoria y muy clara la mentira, porque no es cuento una historia que el vulgo guarda y admira estampada en la memoria.

Aunque en la época fatal que vivimos, hay profanos que la verdad mas leal tratan con pretestos vanos de patraña muy cabal.

Vivía una forastera de Algecira en la ciudad; pero tan graciosa era, que mejor que á una deidad yo paré mi la quisiera.

Bien os podría pintar de aquel país los primores, lo apacible de la mar, sus playas que vislentan flores de rosas, jazmin y azar:

Contar pudiera los juegos de sus náyades y ninfas, y cómo amorcillos ciegos, en aquellas claras linfas templan los hirvientes fuegos.

¿Mas para qué tanta prosa que al cuento no viene á cuento? Vamos á la dama hermosa, antes que mas pierda el tiento en ocasión tan forzosa.

Era esta dama (dirélo aunque me haya de pesar) no de aquel Bético suelo que vinieron á poblar las serafinas del cielo, Sino de la tierra llana

que apacible y blando riega el abundoso Guadiana, que escondido á veces niega su presencia soberana.

Harto, paisanas, me duele; pero no es la culpa mia que la historia nos revele que la sal de Andalucía hoy no triunfó como suele.

Y no os sonrojeis agora, pues ser una vez vencida á la siempre vencedora en batalla repetida, ni la afrenta ni desdora.

Dia y hora no diré del lance curioso extraño que á contaros comencé, pues á él, si no me engaño, nada importa por mí té.

La dama de que os hablaba se prendó de un adalid que Ramiro se llamaba; y por cierto que del Cid como deudo se preciaba.

Cual Gerineldo galán, amoroso cual Rugero, valiente cual Reduan era el noble caballero, y gentil como Tristan.

Era dulce su mirar si de amores requeria, y leon en pelear cuando á batallas corría para laureles ganar.

De damas muy codiciado fué, aunque en materias de amor de inconstante era tachado, también como Don Galor, el paladin afamado.

Mas el amor ceguezuelo ordenó en sus altas miras que cayese en el anzuelo de la bella que á Algeciras convirtió en segundo cielo;

Y la vaga mariposa que de flor en flor anduvo, al ver la fragante rosa, estática se detuvo sobre su corola hermosa.

Así el galán se quedó de la dama tan prendado, como me quedara yo si allí la hubiera mirado con los ojos que él la vió.

Adoróla con pasión; celoso la requebraba, y engreído con razón, do quier que iba la llevaba cual su propio corazón.

Ya en los dorados salones la noble señora brilla, y las vanas pretensiones de sus rivales humilla, cautivando corazones.

Ya á la grupa del caballo con el galán se lucía, y á galope sin dejallo á ver los toros corría cual no puedo ponderallo.

Y al verla algun pasajero llevar el traje andaluz con tanto rumbo y salero, quedaba ciego y sin luz á la luz de aquel lucero;

Pues de tal modo baraja el rebocío y cairel al desgaire, que aventaja de las que nacen con él á la mas crua y mas maja.

¡Qué es ver el pequeño pié!



¡qué al lucir su pantorrilla!
tan firme y pulida á fé,
que es la octava maravilla,
que es... lo que decir no sé.

«¡Bien! zalero generoso,
»esclamaba quien la via.
»¿Dó llevas cabaño hermoso
»eza perla tan queria?

»Párate que la veamos;
»no vayaz tan de carrera;
»deja que la za! cojamos
»que derrama jechicera.

»Hoy el precio Guadiana
»ze zorbíó á Guadalquiví,
»pues á tan crua gitana
»naide pue rezizti.

»Zi como va en el cabayo,
»al galan que tanto ama
»le da gusto, no hay pagayo,
»ni hay en el mundo tal dama.»

Esto decian, y á mí
que por ella bebo el viento,
me han dejado tan así,
que no sé do llevo el cuento,
ni dónde el hilo perdí.

Ay señoras y señores,
que al contemplar de aquel pié
las gracias y los primores,
toda el alma se me fué
tras aquel pié de mil flores.

Pues como ya estaba ciego
y á tanto el amor obliga,
viéndome en medio del fuego
quise templarle en la liga;
pero mas me abrasé luego.

Mas adelante pasara
á deciros mi desvelo,
si el cuento no me obligara
á descender de aquel cielo
do mi corazon volara.

Y pues lo quiere la suerte,
volvamos á encarrilar
este cuento ó esta muerte,
capaz de desesperar
al mas cuerdo y al mas fuerte.

Digo pues; como en lo humano,
al hombre, ser imperfecto
no quiso Dios soberano
darle dichas por completo
desde que pecara insano.

Esa crua, tan dotada
de gracias como va dicho,
siendo de celos picada,
era un fierisimo bieho,
era una sierpe enconada.

Que en llegando la ocasion,
sabia con harto brio
escarmentar al ladron
que el dueño de su albedrio
urgaba en el corazon.

Y como el que ella queria
tuvo de hazañero fama,
y de amores requeria
ya una dama, ya otra dama,
aunque de burlas lo hacia.

La suya, como le viera
hacer á otra moza el coco,
cual si fuese una pantera,
teniendo la vida en poco
á la venganza corriera.

Aunque ofendida y celosa
satisfacerse prepara
de aquella rival odiosa,
no á traicion, mas cara á cara
como noble y generosa.

Y una espada, y otra espada
tomando, al nacer la aurora,
la mas fina y afilada
entrega á la robadora
que hace su dicha menguada.

Al campo la desafia
donde con batalla igual
se decida la porfia
á todo trance fatal
que amor entre ellas ponía.
Aceptó la lid sangrienta
la otra bella campeona,
y con furia violenta
va esgrimiendo la tizona
que en crueles celos se alienta.

De ambas deraman los ojos
que antes apacibles fueron,
iras y rabias y enojos
que al cielo pavor pusieron
siendo del mundo despojos.

Los aceros se cruzaron
con denuedo, con rigor,
y centellas mil saltaron,
centellas de odio y amor,
que todo el campo abrasaron.

A la tercera embestida
tiñó la sangre fatal
el prado, do cayó herida
la detestada rival
de la que es toda mi vida.

Y la crua que la vido
cayendo, medir la tierra,
á compasion se ha movido,
y el golpe con que la aterra
generosa ha detenido.

En este punto el galan
corria con diligencia
para evitar el desman
de la celosa pendencia,
pero fué vano su afan.

Pues ya la hermosa adalid
á quien tiene por señora
noblemente y sin ardid
de su rival vencedora
halló en la trabada lid.

Mas ella, que en celos arde,
porque los tiene aun del sol,
de su triunfo haciendo alarde,
le dice: «Como español
»remedio, llegaste tarde.»

»Por valiente caballero
»el corazon te rendí:
»advierte en el trance fiero
»si de tu escuela aprendí
»á esgrimir el fuerte acero.

»Tú de mí aprender pudieras
»á ser constante, villano;
»y tal traicion no me hicieras;
»mas déjote de mi mano;
»huye, vete donde quieras.»

Dijo así, como agraviada
que desea perdonar,
aunque quiere ser rogada,
y le comenzó á mirar
entre dulce y enojada.

Si hicieron paces ó no
ni lo supe ni lo sé,
ni lo que despues pasó,
y hé aquí señoras por qué
este mi cuento acabó.

Y me place de ignorar
el fin que tuvo este trato,
pues caros pueden costar,
cuando amor toca á rebato,
los gustos que suele dar.

Y bien pudo el caballero
despues de tanto querer,
como era tan hazañero,
ser ingrato á la muger
que mas que á mi vida quiero.

A. D.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.